

tres ó cuatro voladores, varios taburetes y un mostrador con jarros y vasos de estaño. A la parte afuera de la cantina otro velador rodeado de taburetes. Al levantarse el telón aparecen en escena, además de los consumidores y el despachador que habrá dentro de la cantina, varios grupos de Villanos y Villanas, Soldados, Pajes y Caballeros, todos con trajes de fiesta. En el grupo que forman los Caballeros está Roger, amante desdeñado de Isabel de Rauria.

El coro canta en honor del caballero vencedor en el torneo que acaba de celebrarse, Raimundo Lulio, y á poco, el cortejo de éste cruza la escena entre vítores y aclamaciones.

Roger envidia la suerte de Raimundo, por quien le despreció Isabel, y ésta y su hermano, Berenguer de Rauria, comentan luego el hecho de que Raimundo haya entregado á Catalina el trofeo de su victoria, que Catalina no ha querido aceptar.

Berenguer ignora que su hermana ha sido víctima del amor que Raimundo supo inspirarla.

Vánse luego todos, unos á la Almudaina y otros á la cantina, y cuando la escena queda



ISABEL
(Sra. Galán)

CATALINA
(Sra. Giudice)



ISABEL
(Sra. Galán)

CATALINA
(Sra. Giudice)

FOTS. FRANZEN

sola, sale Catalina con su madre y, doliente, lamenta no poder corresponder como quisiera al amor de Raimundo. Llega entonces él y pídele la razón de sus desdenes sin lograr la respuesta que anhela. Váse Catalina, y entonces los caballeros que entraron en la cantina y han oído el diálogo, burlan al amor y lo exasperan hasta hacerle apostar mil maravedises de oro á que Catalina será suya. Roger acepta el reto y Raimundo relata un cuento simbólico, argumento del baile que se verá después, según el cual el amor todo lo vence.

Vuelve el pueblo á la plaza á que también concurren todos los personajes de la obra, celébrase el baile, durante el cual Catalina repite sus desdenes é Isabel siente crecer sus celos, y termina el acto jurando Raimundo «delante de Palma entera» que Catalina será suya.

✽

El acto segundo comienza en una habitación en casa de

Catalina; en ella la sinventura lora su desdicha y, después, recibe la visita de Isabel, que viene á reclamarla el amor de Raimundo. Catalina respóndela que ella no podrá ser jamás de su amador, y cuando Isabel sale, cae desmayada en brazos de su madre.

Mutación y estamos en una calle de Palma; á ella llegan sucesivamente, Isabel y Roger. El caballero insiste en sus pretensiones amorosas, la dama lo desdén de nuevo, y Roger, desesperado, amenaza con vengarse, y está á punto de realizar la amenaza refiriendo á Berenguer la deshonra de su hermana cuando llega el coro á interrumpirlos.

El coro discute si Raimundo se atreverá ó no á presentarse en la fiesta religiosa, y á poco llega á caballo el protagonista, como si quisiera demostrar que á todo se atreve.

Viene luego Catalina conducida en una litera por sus criados y Raimundo quiere apoderarse de ella, que logra huir mientras algunos caballeros la defienden espada en mano.



ISABEL
(Sra. Galán)

ROGER
(Sr. Cabello)

«RAIMUNDO LULIO».—ACTO SEGUNDO

Raimundo reitera el juramento que hizo al final del primer acto, y diciendo que Catalina será suya «aunque se hallen en la presencia de Dios!» sale en busca de su caballo.

El cuadro tercero ocurre en la Catedral de Palma, donde celébrase la fiesta religiosa de que antes se habló. Raimundo viene á interrumpirla entrando á caballo en el templo.

Catalina cita le para desengañarle, mientras los sacerdotes y el pueblo le maldicen, y termina el acto segundo.

El tercero comienza en la bahía de Palma, donde se celebra una fiesta. En el fondo se ve el mar sobre el que caminan muchas lanchas pes-cadoras adorna-

das con farolitos de colores. A la derecha, en el mismo fondo, la torre árabe de Porto-Pi, sobre cuyas almenas arde una farola roja: á la izquierda los montes de la costa. En el primer término á la derecha el castillo de la Almudaina y á la izquierda la Lonja. Al levantarse el telón aparecen en escena damas, caballeros, soldados, estudiantes y gento



CATALINA Sra. Giudice)

«RAIMUNDO LULIO».—ACTO SEGUNDO

FOTS. FRANZEN



RAIMUNDO LULIO (Sr. Angioletti)

FOTS. FRANZEN



ROGER (Sr. Cabello)

«RAIMUNDO LULIO».—ACTO TERCERO

del pueblo que pasean cantando. Hablan de la fiesta y de Raimundo, afirmando que Su Alteza ha ordenado sea castigado por la profanación que cometió y que él ha desaparecido.

A poco llegan Berenguer y Roger; éste ha comenzado ya á vengarse contando al señor de Rauria la deshonra de su hermana, y Berenguer viene decidido á castigar al seductor, quien, según Roger, desembarcará allí muy pronto.

En efecto, conducido en una barca llega Raimundo. Berenguer que le aguarda embozado, le increpa pidiendo que le devuelva el honor; Raimundo se niega, riñen y Berenguer cae muerto á los pies de su adversario.

Raimundo parte entonces para acudir á la cita que en la catedral dióle Catalina.

El cuadro segundo ocurre en la habitación de la hermosa. Catalina aguarda á Raimundo y llora ya la muerte de su amor. Entra entonces el galán y canta sus amores, que la hermosa oye embelesada.

Pero el encanto dura poco:

«Mi cuerpo es un monstruoso escarnio de la vida, montón de podredumbre que inspira asco y horror, dice Catalina, y desgarrándose el corpiño avanza hacia Raimundo, mostrándole el seno corroído por el cáncer.

Raimundo, al ver la carne gangrenada, retrocede con horror y huye.

Así termina el acto tercero.



El epílogo ocurre en un monte próximo á Palma. En el fondo vése un convento, cuyo atrio avanza hacia el primer término. La escena comienza al amanecer. Al levantarse el telón se escucha el rezo de *Hora prima* dentro de la iglesia, cuyos ventanales están abiertos. Al terminar el rezo, aparece Raimundo por la izquierda sin gorra ni manto. Su actitud es de desesperación y extravío.

Va á suicidarse, pero el canto de los monjes le detiene y dice:

«¡Qué escucho! ¡Rezan!
¡Imploran su salvación
ellos!... ¡Y yo iba á perderla,
á condenarme!

(Mirando al cielo.)

¡Perdón!

Acércase á la puerta del convento, llama con grandes aldabonazos y cuando salen el Prior y otros frailes hablan así:



BERENGUER
(Sr. Nestor de la Torre)

ROGER
(Sr. Cabello)

ISABEL
(Sra. Galán)



ROGER
(Sr. Cabello)

BERENGUER
(Sr. Nestor de la Torre)

ISABEL
(Sra. Galán)

FOTS. FRANZEN

«RAIMUNDO LULIO». — ACTO SEGUNDO

Prior.—¿Quién sois?

Raim. ¡Un miserable
que á la suprema voluntad confío
la salvación de mi alma pecadora!...
¡Misericordia para mí, Dios mío!

Y cae arrodillado á los pies del Prior, que alza las manos para bendecirle.

El Prior levanta á Raimundo, que se apoya en él y lo conduce hacia la puerta. Raimundo vuelve la cabeza hacia primer término, como si aún le atrajese el recuerdo de Catalina; luego la deja caer en el hombro del Prior, y entra, sin conciencia de sus actos, rendido en el monasterio.

✽

Como se ve, el libreto de *Raimundo Lulio* abunda en situaciones dramáticas muy apropiadas por ello para ser puestas en música, y el maestro Villa no ha necesitado esforzarse para encontrar motivos

de inspiración. La partitura de *Raimundo Lulio* ha merecido grandes elogios de la crítica, y á ellos no hay ya nada que añadir como no sea consignar el hecho de que por esta vez el *gran público* ha estado completamente de acuerdo con la crítica y ha aplaudido sin reserva.

La interpretación también ha sido muy justamente aplaudida y elogiada: María Giudice ha hecho del papel de Catalina una verdadera creación, y la señorita Lacambra, que sustituyó en algunas representaciones á la tiple mencionada, logró no desmerecer de ella, con decir lo cual queda hecho su elogio. La señora Galán interpretó muy diestramente el carácter de Isabel de Rauria. El señor Angioletti en el papel de protagonista y los señores Nestor de la Torre y Cabello, en los de Berenguer y Roger, respectivamente, fueron también, y también con justicia, aplaudidísimos siempre que cantaron *Raimundo Lulio*.—G. F.



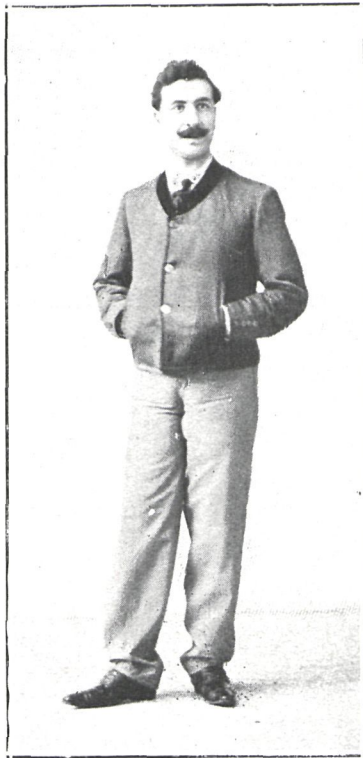
ROGER (Sr. Cabello)



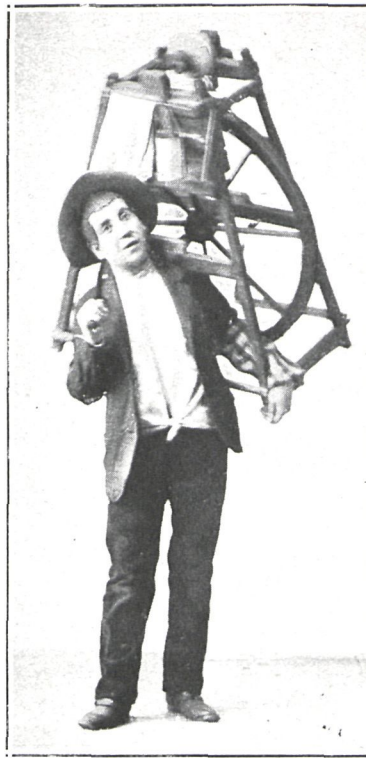
BERENGUER (Sr. Nestor de la Torre)

FOTS. FRANZEN

«RAIMUNDO LULIO».—ACTO SEGUNDO



RAFAEL (Sr. Guerra)



AMOLAO (Sr. González, A.)
FOTOGRAFÍAS FRANZÉN



TÍO BRIJAN (Sr. Rodríguez, M.)

LA MAZORCA ROJA

ZARZUELA EN UN ACTO, ORIGINAL DE D. TRISTÁN LARIOS, MÚSICA DEL MAESTRO SERRANO (I.),
ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

El excelente éxito de *La mazorca roja*, zarzuela estrenada en el teatro de la calle de Jovellanos, debiera servir de provechosa enseñanza á las empresas teatrales que, siempre á caza de firmas conocidas y celebradas, desdeñan la labor de los principiantes y, en general, ni siquiera se toman el trabajo de leer las obras que ellos aportan. *La mazorca roja* durmió un año entero en la contaduría del teatro; estrenóse al fin, gracias á la perseverancia de su autor, y ha sido, no obstante, para el Teatro de la Zarzuela, después de *El bateo*, el éxito mejor, más franco y menos discutido de la actual temporada.

Y es muy de notar que también *El bateo* es obra de un principiante, pues si bien lleva con la del señor Domínguez Alfonso la firma de Antonio Paso, más que enseña de colaborador, parece ésta pabellón que cubre la mercancía y sirve para llevarla á buen puerto mucho antes de lo que sin

tal requisito hubiera llegado. Resulta, pues, y si á los citados se une el triunfo de Viergol con *Caza de almas*, más claramente aún, que durante el año teatral que finaliza, los principiantes han vencido en toda la línea y de ellos han sido lo laureles.

Inducir de esto una ley general y excluir por virtud de ella del teatro á los autores experimentados sería ilógico, pero tanto ó más resulta serlo la exclusión absolutamente inmotivada de todo lo nuevo dando por hecho que en ello no puede haber nada bueno.

Se explica fácilmente el desdén de las empresas hacia los autores noveles, porque en realidad parece imposible, dado el número de aspirantes al soñado título de autor cómico, la lectura de todas sus producciones, pero este inconveniente podría ser fácilmente obviado á poco que las empresas pusieran empeño en ello y, sobre todo, no es tan grave como aparenta ser, ya que en la mayoría de los casos



DON FRANCISCO TRISTÁN LARIOS
AUTOR DE «LA MAZORCA ROJA»

basta y sobra la lectura de dos ó tres escenas para rechazar una obra sin que quepa después juicio de revisión. Seleccionadas así en una lectura rápida las obras resueltamente inaceptables, quedaría ya la labor extraordinariamente reducida y las empresas que de buena fe la realizasen no tendrían seguramente por qué arrepentirse.

Tendría, en efecto, semejante sistema dos ventajas á cual mayores: una, que la gente nueva llevaría

venzan de que es así. En el teatro más que en ninguna parte, la rutina tiene una fuerza incalculable, y contra ella es casi imposible luchar.

De todos modos, lo ocurrido en la temporada que ahora finaliza, resultará útil, y la labor realizada por los señores Domínguez, Larios y Viergol no será trabajo perdido: les habrá servido para conseguir el *exequator* del público y de la crítica y con él el *dignus est intrare* que les hará figurar en las listas



MANUEL
(Sr. González, Valentín)

TIO PEDRO
(Sr. Mariner)

MOSITA 1.ª
(Srta. Martínez)

MOSITA 2.ª
(Srta. Astort)

FOT. FRANZEN

«LA MAZORCA ROJA» — CUADRO SEGUNDO

al teatro constantemente sus iniciativas, si menos expertas, más meditadas, y otra, que los autores conocidos, libres de apremios que les obligan á forzar extraordinariamente la producción, podrían realizarla en mejores condiciones para el buen éxito de ella. Todo, pues, resultaría en beneficio del arte y por ende en beneficio de las empresas, que lograrían dar más frescura y más variedad á sus programas.

Es difícil, no obstante, que las empresas se con-

de autores admisibles. Eso es por ahora bastante con no ser mucho.

Contrayéndonos ahora á *La mazorca roja*, cuyo buen éxito nos ha sugerido las anteriores consideraciones, he aquí, sucintamente relatado, el argumento de la zarzuela:

Al comenzar la obra, la escena representa la cocina de un cortijo andaluz; en él están la Virgencita, sentada en el centro partiendo pan sobre su de-



SRTA. AMPARO TABERNER, DEL TEATRO APOLO, EN «¿QUO VADIS?»
FOT. CALVET

lantal; y Juan, en el fondo derecha, cosiendo un serón. Juan corteja á la Virgencita y ella le desdeña burlándose de él con gracia andaluza. Entran luego el tío Pedro, Briján y Pepe y á poco Manuel, jornaleros del cortijo que vienen del trabajo. Manuel es novio de Virgencita y ambos cantan un dúo amoroso en que mutuamente se dicen «sus quereres».

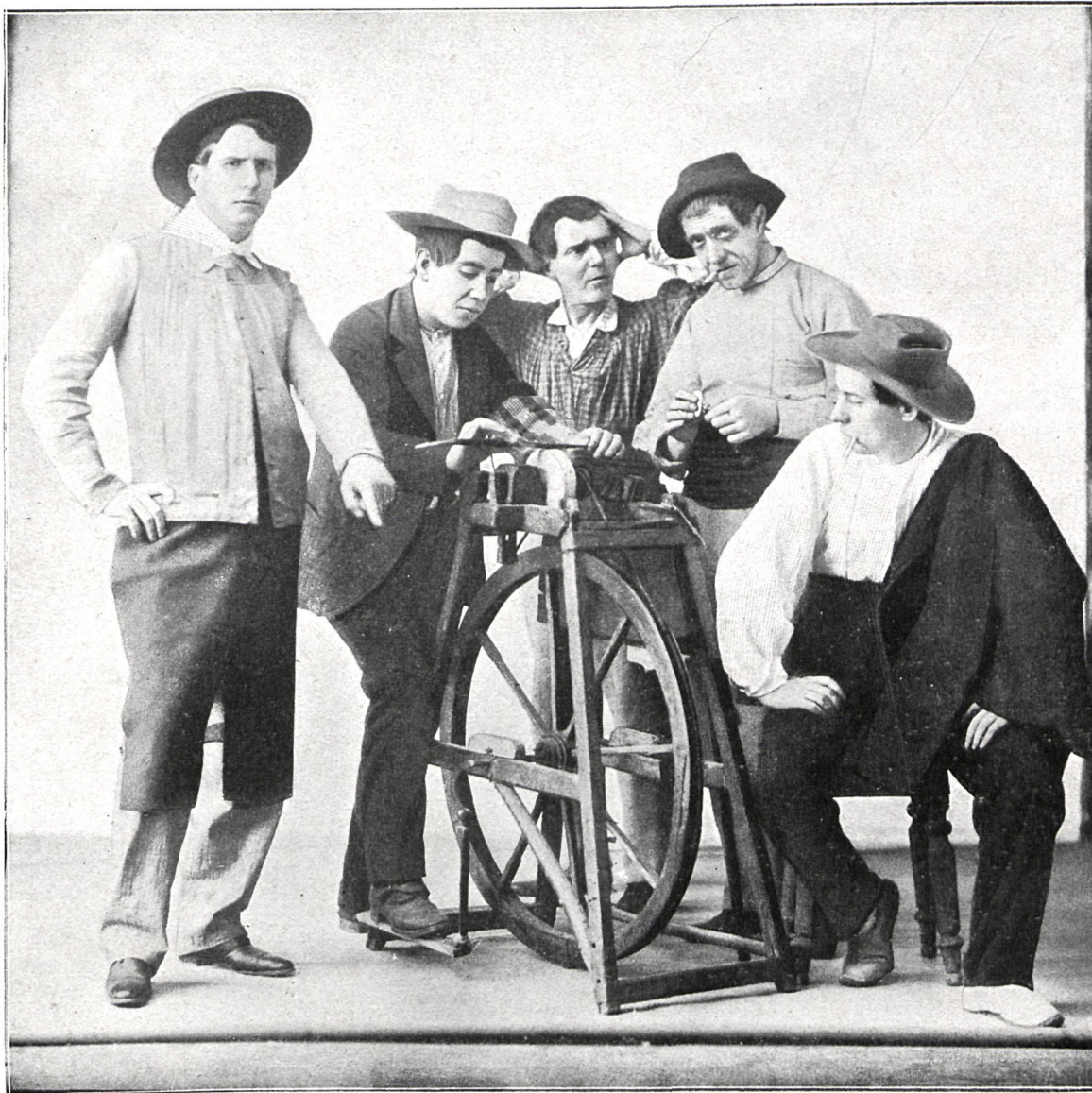
Los jornaleros pónense á comer, y mientras comen hablan de sus desdichas; Manuel y Briján, han perdido sus tierras hipotecadas por don Cristóbal, el dueño del cortijo, y aguardan la venida del se-

ñuel, quien hace que un amolador, llegado oportunamente, le afle la navaja con la que se propone matar á su rival si como teme llega á tenerle.

La escena del amolador da ocasión á un número de música en que el maestro Serrano ha demostrado una vez más su inspiración.

Cuando sale el amolador márchanse también los jornaleros y á poco entra Roque, vendedor de fruta, que también corteja á Virgencita y también inútilmente.

Roque y Juan riñen por que éste prohíbe á aquél



MANUEL
Sr. González, Valentín)

AMOLAOR
(Sr. González, Antonio)

PEPE
(Sr. Sánchez)

TÍO BRIJÁN
(Sr. Rodríguez)

TÍO PEDRO
(Sr. Mariner)

CUADRO PRIMERO

F. T. FRANZEN

ñorito Rafael, hijo de don Cristóbal, de quien aguardan el remedio de sus males.

La llegada de don Cristóbal corta la conversación y sirve además para enterar al público de que el dueño del cortijo, muy ajetreado con las labores del campo, ha olvidado la llegada de su hijo Rafael y se preocupa poco por ella.

Algunas frases pronunciadas por uno de los obreros cuando el amo sale, encienden los celos de Ma-

que galantee á la muchacha, pero antes de acometerse lo piensan mejor y deciden dejar el combate para el día siguiente con el fin, según Roque, de ponerse bien con Dios.

Llega después el señorito Rafael apenado porque nadie le aguardó en la estación, y hablando con Virgencita duélese de aquella soledad que juzga desvío de los suyos; Virgencita trata de consolarle y ambos recuerdan la infancia que pasaron juntos que-